



# THEODORAKIS

## SIRTAKI Y POLITICA

Mikis Theodorakis se ha hecho popular en todo el mundo gracias al «sirtaki», la danza popular que Anthony Quinn baila al final de «Zorba el griego». Pero Theodorakis cumple también un importante papel en la política de su país.



**H**ASTA que, hace ya casi dos meses, se produjo la actual crisis, Grecia aparecía en los periódicos únicamente por razones frívolas. Se hablaba de las bellezas de sus islas y, sobre todo, del «sirtaki». El éxito mundial de la película «Zorba», interpretada por Anthony Quinn y Lila Kedrova, que obtuvo por ella el Oscar, puso de moda este baile, adaptación sofisticada de una danza popular del país. Con ocasión del Festival de Cannes, Eddie Barclay daba una de sus fabulosas fiestas para lanzarla definitivamente. Y París, catapultada de tantas modas, se puso, la temporada pasada, a la hora griega. Cacoyanis, el director de «Zorba», montaba en el T. N. P. «Las troyanas» en versión de Sartre. Pero, mientras en todas las playas se bailaba el «sirtaki» y el nombre de su autor, Mikis Theodorakis, se hacía popular, en su propio país las cosas seguían un camino diferente. Un explicable chauvinismo hacía que los griegos se sintieran orgullosos de que un baile de su tierra se hubiera impuesto en el mundo.

Theodorakis, además de uno de los músicos más importantes del momento, es uno de los veintidós diputados de la E. D. A. y el jefe del movimiento juvenil Lambrakis. Consciente de que ninguna manifestación cultural puede quedar al margen de la evolución política del país en que se produce, Theodorakis aúna sus esfuerzos en ambos sentidos y hace compatibles ambas actividades. Durante siete años vivió voluntariamente alejado de su país y en París estrenó dos ballets, dirigidos uno por Raymond Rouleau y el otro por Jean Renoir, e interpretados por Ludmilla Tchérina, para cuyo film «Los amantes de Teruel» compuso la música. El Covent Garden londinense fue también escenario de sus triunfos. Luego, de regreso a Grecia, se planteó el problema de dar un viraje a la música, excesivamente minoritaria, que estaba componiendo. La canción popular le interesó en primer lugar y se dedicó a poner música a los poemas de los más grandes poetas griegos, de Seferis a Richos y Varnalis. Así, los poemas del premio Nobel griego pasaron a estar en boca de gentes que jamás se habrían acercado a las ediciones originales. «Al principio, la cosa sorprendió. Ahora, los chiquillos, los campesinos, los obreros, conocen los poemas de Seferis», dice Theodorakis. La música de «Zorba», por su parte, no fue directamente compuesta para la película. Anthony Quinn, que coproducía el film, había oído una canción ya existente de Theodorakis sobre el mismo tema y pidió a su autor que la adaptara para la danza que debía interpretar al final de la película. Luego vino el éxito, pero paradójicamente seguido por una estúpida campaña de silencio. Theodorakis no se siente vejado por ello. Distribuye su día entre sus dos actividades y, sin abandonar la música, que es su profesión libremente elegida y que constituye uno de los más importantes aspectos de su vida, se encuentra en primera fila de los acontecimientos que en estos días se desarrollan en su país, y por eso, habla más a gusto de política que de música: «Hay quienes se asombran de que apoyemos a Papandreu, pero veamos las cosas con sencillez. Cuando llegó al poder, ¿qué hizo? Decidió que la enseñanza en los gimnasios, hasta entonces de pago, fuera gratuita. Después ordenó que cada día se distribuyera una comida frugal a los niños. En un país en el que parte de la población no come a medida de su hambre, esto es importante... En cuanto al Rey, no somos hostiles respecto a su persona. Es el primer Rey de los helenos nacido en tierra de nuestro país. Tiene amigos griegos. Es joven, simpático, deportista. Habríamos marchado al lado de la monarquía durante diez años, pero a condición de que la monarquía no se oponga al progreso social. Ahora bien, tenemos la impresión de que el Rey está prisionero de los que le rodean, de la corte, del Ejército...».

Mientras tanto prosigue la crisis. Los resultados, en el momento de escribir estas líneas, están lejos de ser claros. El problema de Chipre será una de las cartas a jugar. La polarización de la atención sobre Atenas ha hecho olvidar a la mayor parte de los comentaristas la baza que ello supone. Pero los americanos no parecen dispuestos a permitir que un puesto estratégico tan importante no llegue a formar parte de la O. T. A. N. La visita del primer ministro turco a Moscú hace pensar que el problema está en su punto álgido. Y se especula sobre la posibilidad de que un régimen «fuerte» llegara a provocar una guerra civil en la isla —al margen de hacer chantaje con su posibilidad— para consolidar las fuerzas de la O. T. A. N. en la región, aunque, en este caso, sería dudoso que las fuerzas de las Naciones Unidas se prestaran a servir de cobertura para la operación. Podría, en suma, si la resolución de la crisis llegara por la vía del establecimiento de un fascismo más o menos disfrazado, hablarse de un nuevo Vietnam.

(Reportaje gráfico de DALMAS)



Theodorakis, uno de los veintidós diputados de la E. D. A., ha sabido adaptar los textos de los poetas griegos como letras de sus canciones populares. Alcanzó fama mundial con la música del film de Dassin «Nunca en Domingo».

